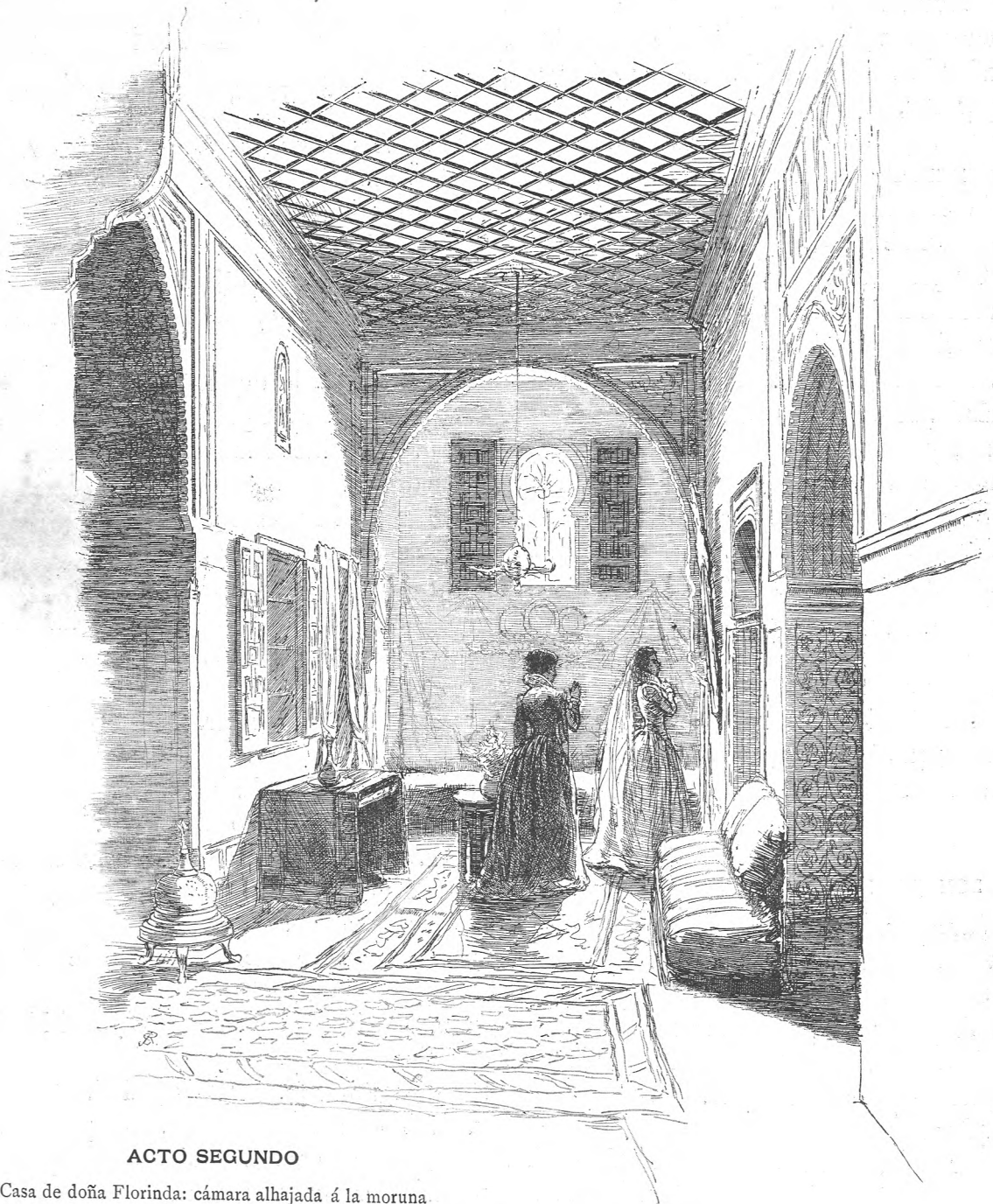


afecto, reparad que fueron ocasión de mi contento.

ROD. ¡Oh humillación! ¡Mis tres criados! ¡Se dirá que un antiguo consejero, después de una vida entera consumida en háber-selas con los más diestros, acabó por

ser juguete y escarnio de tres imbéciles! JUAN. Respetable don Rodrigo, calmaos: no hay escollo como un necio para el hombre de ingenio, si la confianza le ciega sobre todo. Quedad con Dios; corro á tomar mi espada, y vuelo á las plantas de doña Florinda.



ACTO SEGUNDO

Casa de doña Florinda: cámara alhajada á la moruna.

ESCENA PRIMERA

DOÑA FLORINDA (acaba de vestir el traje de boda), DOROTEA

DOR. Nunca más bella. (*Haciéndose para verla.*)
Ni más apuesta.

FLOR. Dí, nunca más dichosa, Dorotea.

DOR. ¿Qué va á decir don Juan, él que os veía ya tan hermosa con los lutos?

FLOR. Con todo, estaba bien triste entonces; mi pobre padre acababa de dejarme sola en el mundo.

DOR. Conmigo.

FLOR. Sí, contigo, mi segunda madre, que no has cesado de velar sobre mi felicidad, que has sabido mantenerme en la fe de mis mayores, en esa fe á que he jurado eterna fidelidad entre los brazos de mi padre expirante.

DOR. Y bien os avino. El Dios de Jacob os galardona enviándoos un esposo de prendas tan aventajadas, mozo, galán, bien parecido, hidalgo además entre los hidalgos,

y no en fin de esos que en estos tiempos afectan un exceso de religión más cruel que la propia impiedad.

FLOR. ¡Ah! ¿Por qué ha de querer mi desdicha que ese sea en él un mérito á mis ojos?

DOR. Si no tuviera más que ese, señora, yo os compadeciera; pero generoso, cuanto noble y valiente como los Macabeos; desde nuestro viaje á Madrid me convencí de la falta que os hace un protector.

FLOR. Ese viaje tú le dispusiste.

DOR. Cierito: no se había de hacer nada para recobrar las sesenta mil doblas prestadas al emperador Carlos V por vuestro padre y...

FLOR. ¿Qué esperanza podíamos abrigar, después, sobre todo, de su abdicación?

DOR. En buen hora que abdicase su corona... ¡pero sus deudas! ¿No podríais escribirle á su retiro? profesaba buen afecto á vuestro padre, y, aunque fraile, ¿quién sabe si no sería agradecido?

FLOR. (*Sonriéndose.*) ¿Piensas que un fraile ha de ocuparse de intereses de este mundo?

DOR. (*Arreglando las flores del peinado de su ama.*) ¡Lindas flores! ¡Qué bien van á vuestro rostro! ¡cuán frescas y cuán lozanas!

FLOR. ¡Pero falsas, Dorotea!

DOR. Tanto mejor; eso más tardarán en marchitarse.

FLOR. Falsas como mi nombre, como mi dictado, como las ofrendas que tributo á Dios en los templos de los cristianos.

DOR. Bien podéis hacer sin escrúpulo lo que el noble Ben-Jochai, vuestro padre, hacía antes que vos: digo noble, porque le era de corazón; pero castellano en la iglesia bajo el nombre de Sandoval, judío en su casa con el suyo propio, supo vivir en paz con la Inquisición sin poner contra sí el Dios de Israel. Hizo bien en abjurar; todo era una restricción mental más ó menos.

FLOR. ¿Pero engañar al objeto de nuestro amor?

DOR. ¡Volvéis á esa fantasía!

FLOR. ¡Oh! ¡siempre, siempre! al lado suyo, y lejos de él, esta idea me persigue como un remordimiento: ¡qué de veces quise confesárselo todo! detuviéronme unas veces tus razones: selló mis labios otras el temor de verme desdeñada.

DOR. ¿Qué importa que os quiera bien bajo el nombre de doña Florinda ó bajo el de Sara?

FLOR. ¡Sara!... ese nombre fatal...

DOR. ¿Os sonrojaría?...

FLOR. No á mí; pero no quiero que tenga que sonrojarle á él.

DOR. Razón de más para ocultarlo.

FLOR. ¡Oh! no; hoy mismo lo sabrá.

DOR. Guardaos bien de tal cosa; no habéis cruzado como yo el Zocodover de Toledo: no habéis visto los aprestos del auto de fe que ha de verificarse dentro de tres días. ¿Sabéis que sois perdida, que sois muerta, mi querida Sara, sí, y cruelmente, por poco que os sospechen de judaísmo?

FLOR. ¿Y quién había de denunciarme? ¡Bien pudiera don Juan dejarme, pero venderme!! No lo pensaste, Dorotea...

DOR. ¡No, por vida mía!

FLOR. Todo lo sabrá.

DOR. ¿Aún? ¿Qué hacéis?

FLOR. Escribir á don Juan.

DOR. ¿Para qué, si le habéis de ver?

FLOR. ¿Y tendré ánimo para hablarle?

DOR. Daos prisa, pues... (*Yendo hacia la ventana.*) ¡Oh! daos prisa, que él propio viene hacia esta parte. ¡Él es!

FLOR. (*Levantándose.*) ¿Don Juan?

DOR. El mismo; ¡viérasle correr! Ya llega, háceme seña de bajar: gran muestra de gozo da su rostro.

FLOR. Dorotea, ¿debo acabar esta carta?

DOR. ¡Ah! no, no... corro á abrirle, y os le traigo.

ESCENA II

DOÑA FLORINDA

¡Guardar con todo un secreto que ha de amargar su dicha eternamente! ¡por un punto de flaqueza, un suplicio de todos los días, de toda la vida! ¡Oh! no, imposible. Pero si en el exceso de su amor... ¡ah! esta idea me quita la respiración. (*Mirando al espejo.*) ¡Páreceme sin embargo que no se ha perdido todo todavía!... ¡Si pudiese hoy parecerle mejor que nunca! ¡ah! cobremos ánimo... ¡aun espero!!!

ESCENA III

DOÑA FLORINDA, DON JUAN, DOROTEA

JUAN. ¿Llego, por ventura, tarde?

FLOR. ¿Y cuándo no, don Juan?

JUAN. Si he de dar crédito á mi impaciencia, ¿decíslo por mí ó por vos?

FLOR. Por entrambos.

JUAN. ¡Oh cuánto es dulce el oírlo! ¡Cielos! no

- habléis más: dejadme, señora, que os contemple.
- DOR. ¿Y bien, señor don Juan? Esa es obra de mis manos.
- JUAN. Y de su belleza más. Más hechicera que nunca. ¡Os quedáis, Dorotea!
- DOR. ¿Empezáis? Me sentaré á esta parte: pondré mis ojos en la labor, y el pensamiento á mil leguas de aquí. ¿Os estorbo aún?
- FLOR. ¿No es mi segunda madre?
- JUAN. Pues lo queréis: ¡oh! y hoy confieso que lo ha merecido, si bien para embelleceros poco ha tenido que poner de su parte.
- FLOR. Al menos le habéis dejado el espacio.
- JUAN. ¿Todavía? Sois injusta y cruel. Cosas han pasado hoy en casa de don Rodrigo, que á saberlas vos disculparíais mi tardanza. Ni espacio tuve de acudir á San Sebastián á deshacer la orden que había dado.
- FLOR. ¿Qué decís?
- DOR. ¡Don Juan!
- JUAN. Sí, mi bien; ¡no más misterio! nuestra boda no será ya secreta, sino en el altar mayor, con pompa y con ceremonia.
- FLOR. ¿Consintió por fin don Rodrigo? ¿Podré mostrarme al público ufana con vuestro nombre?
- JUAN. ¡Mi nombre, hermosa Florinda! ¡ah! nada deseo como poderoslo ofrecer; pero, al haceros ese don, ignoro, por vida mía, si es rico ó pobre el presente que os hago.
- FLOR. ¿Cómo pues?
- JUAN. No soy hijo de don Rodrigo, y quien sea mi padre lo ignoro.
- FLOR. ¿Habláis de veras?
- JUAN. De mí pende creerme un gran señor, según dicen, hasta llegar á ser un eminentísimo; pero lo que hay de cierto es que en el punto en que os hablo no soy nadie. Ved, señora, si confié ciegamente en vuestro amor. Vine tan tranquilo como si me fuera dado poner un reino á vuestras plantas, y en todo no puedo ofreceros sino la mano de un joven sin fortuna, sin familia tal vez, y cuyo único derecho á vuestra preferencia es un amor que hará la dicha ó la desdicha de su vida.
- FLOR. (*Levantándose.*) Eso me basta: en vos no quise bien, don Juan, sino á vos mismo: yo sola os serviré de familia; y tocante á bienes de fortuna, ¿no tengo yo de más para los dos? ¿El resto qué os importa?
- JUAN. ¡Ah! no me engañé, Florinda, generosa
- Florinda. ¡Qué diera porque pudiera oiros en este instante el conde de Santa Fiore!
- FLOR. ¿Quién decís?
- JUAN. Un severo personaje, á quien debo, según dicen, un respeto filial: representa para mí á mi padre difunto, y de buen grado reconozco en él su autoridad.
- FLOR. ¿Vos?
- JUAN. Con tal que use de ella como mejor me convenga.
- DOR. Eso es otra cosa.
- JUAN. Lo espero aquí.
- FLOR. ¿Aquí?
- JUAN. Él ha de ser uno de mis testigos, y acaso el más importante. Su poder es mucho con el rey, y á vos deberé el secreto de mi cuna, que él solo puede revelarme, y su apoyo, que me tiene prometido.
- FLOR. ¿A mí?
- JUAN. No os costará nada, bien mío. Basta con agradecerle.
- FLOR. ¡Cielos! ¿Qué decís?
- DOR. Un amigo del rey será devoto.
- JUAN. Sí, devoción de corte; sutil y acomodaticia. Hacedle buen recibimiento, granjead su afecto, y nada habré de temer por mí; sólo temblaré por su dama, que es también enamorado.
- DOR. No sois, pardiez, celoso, don Juan. ¡Ah! mi buen Daniel de otra suerte me hubiera hablado de un extraño el día de nuestras bodas.
- JUAN. ¿Tenía por nombre Daniel? Nombre de profeta.
- DOR. No hagáis escarnio de los profetas: más verdades anunciaron que las que han dicho muchos cristianos en toda su vida.
- JUAN. No diríais otro tanto, Dorotea si fueseis judía.
- FLOR. Y si lo fuese, no la volveríais acaso á mirar.
- JUAN. Mucho parecéis interesaros por los judíos.
- FLOR. ¿Y vos les deseáis mucho mal?
- JUAN. No tal; pero un amigo mío daría con toda la raza de Jacob en el fondo del mar Rojo. Y en verdad, ¿qué mal habría?
- FLOR. Don Juan... Yo, que juzgo sin prevención, presumo que se esconden en ese pueblo perseguido tantas virtudes por lo menos como en sus perseguidores, y si tiene defectos...
- JUAN. Al menos está en el día bien corregido del que arruinó al hijo pródigo.

DOR. Seguid, don Juan. Pero yo os puedo decir que conozco alguna doncella de su tribu que no se contenta como muchas hidalgas con hacer decir misas por las animas, sino que va ella misma á consolar y socorrer á los desvalidos...

FLOR. ¡Dorotea!

DOR. Que reparte con ellos la mejor parte de su hacienda.

JUAN. Tal vez no hace en eso más que una restitución.

FLOR. ¡Ah! sois cruel, don Juan.

JUAN. Bien podemos decirlo entre cristianos. Por mi parte confieso que el pueblo escogido del Señor no hubiera sido el que yo en su lugar hubiese elegido... (*A doña Florinda, que se ha sentado, y que escribe.*) ¿Qué hacéis, doña Florinda?

FLOR. Concluyo una carta.

JUAN. Mucho os urge.

FLOR. Y más me interesa.

JUAN. ¿Qué tenéis? ¿Os ha enojado lo que he dicho de los judíos?...

FLOR. ¡Ah! don Juan, se los desprecia sin conocerlos, se los condena sin oírlos; son desdichados, en fin, y cuando milita la fuerza de una parte, y de otra la desdicha, os pronunciáis, señor, contra los débiles. Jamás, don Juan, lo hubiera creído.

DOR. Sobre todo cuando el auto de fe que se prepara ha de hacer correr tanta sangre y tantas lágrimas.

JUAN. ¡Por vida mía! Doña Florinda, no me condenéis por una chanza. Juzgadme, mi bien, más generoso; sea un hombre hereje, judío ó musulmán, puede granjearse mis burlas mientras es feliz; pero si sufre, puedo no pensar como él, mas sufro también con él, y para juzgarle dejo de ser cristiano, y de Castilla: soy hombre, soy su hermano para consolarle y darle amparo.

FLOR. (*Levantándose y cogiéndole la mano.*) ¡Ah! don Juan, ¡qué bien me hacéis!

JUAN. ¡Ah! comprendo. ¿Tendréis algún amigo entre esos desdichados que van á ejecutarse? Deberíais atenciones... ¿Qué puedo yo para salvarle? disponed de mi brazo, de mi vida... ¿mi sangre toda no os pertenece?

FLOR. Dorotea... (*Haciéndole seña de salir.*)

DOR. Llegó el momento... Señor don Juan, antes de resolveros miradla bien.

JUAN. Vive Dios que estoy confuso.

ESCENA IV

DOÑA FLORINDA, DON JUAN

JUAN. Hablad, hermosa Florinda, hablad.

FLOR. Esta carta es para vos.

JUAN. ¿Para mí?

FLOR. Encierra un secreto que no hallé fuerzas de deciros.

JUAN. ¿Tembláis, señora?

FLOR. Mal mi grado os dejo, don Juan. Mi presencia os pudiera atar las manos. Leedla, y ved que el temor de causarme pena no haga violencia á vuestros sentimientos. Sabré soportar lo que temo. Libre sois, don Juan; ¿me entendéis? libre.

JUAN. ¿Qué extrañas razones? ya decidí... (*Querriendo abrir la carta.*)

FLOR. No, don Juan, no, cuando estéis solo; si vuestra respuesta es favorable, venid á dármela presto. Si fuese contraria, os diera pena el decirla. Huid entonces de esta casa sin volverme á ver. Si no os encuentro aquí sabré mi suerte. Adiós, don Juan, acaso para siempre.

JUAN. Hasta dentro de un instante, más bien.

FLOR. No me sigáis, señor, no me sigáis.

ESCENA V

DON JUAN, después FLORINDA

JUAN. ¡Ah! vamos presto, leamos... ¿Es posible? «Sara, hija del judío Ben-Jochai...» ¡Julia! Y yo un hidalgo de Castilla, un cristiano viejo... ¡Oh! ¡es demasiado, doña Florinda! ¡Estoy loco! No me engañé. Es demasiado cierto. ¿Yo he de unir mi noble sangre? Noble dije. ¡Infeliz! ¿Y quién me ha dicho que mi sangre es noble? Y doy que lo sea, ¿seré menos generoso que ella? No ha mucho cuando estaba yo á sus plantas, sin nombre, sin alcurnia, sin bienes de fortuna, ¿titubeó doña Florinda? ¡Dejarla, Dios mío! ¿olvidarla, don Juan? Jamás; ¡venciste, amor, venciste! Un caballero de Castilla ha de ser menos que una... ¡Oh, perdona, bien mío! ¿Y qué? ¿Cuál será la diferencia entre nosotros? ¿El Dios de Israel no es el de los cristianos? ¿He de adorarla menos porque ella eleve su corazón á ese Dios con ritos diversos de los míos? ¿Y quién sabrá este arcano sino nosotros? ¿Ha de ser por eso menos bella, tendrá menos virtud? ¡Oh, acabemos! Hollemos de una vez necios respetos huma-

nos. Mayor será mi dicha, si mayor el sacrificio. Ya me siento digno de ella. ¡Doña Florinda, mi bien! Volemos á sus plantas.

FLOR. (*Que ha ido entrando poco á poco y que ha oído sus últimas palabras apoyada en el respaldo de un sitial.*) Os escuché, don Juan.

JUAN. ¿Estabais, señora, ahí? ¿Lloráis...?

FLOR. De gratitud, don Juan. ¡Oh! medítadlo bien. ¿No os pesará jamás del sacrificio que me hacéis? Si se llegase á saber...



JUAN. Saldríamos de Castilla. En Italia, en Francia halláramos un asilo... en Palestina; allí al menos estaremos en nuestra casa. ¡Torne á animaros la alegría!

FLOR. ¿Y la gloria que tanto amasteis?

JUAN. En todas partes la encontraré.

FLOR. ¿Y la patria, don Juan, que en ninguna parte volveríais á encontrar?

JUAN. Mi patria sois vos, doña Florinda. (*Echándose á sus pies.*) Ora seáis Florinda, ora Sara, ved en mí, señora, vuestro esclavo. Cifro mi dicha en ser vuestro, y todo mi orgullo en repetir: Tuyo, Florinda, tuyo, Sara, para siempre.

FLOR. (*Se deja caer en un sitial, tendiéndole la mano.*) ¿Habrá, pues, contentos tan difíciles de soportar como el dolor?

JUAN. (*Tomándole la mano.*) ¡Ah! no os ofendáis, señora; dejadme sellar una y mil veces mis labios en esa mano que ha de ser mía.

ESCENA VI

DON JUAN, DOÑA FLORINDA, DOROTEA

DOR. Alzad, señor don Juan, alzad. El conde vuestro amigo llega en este instante: ya sabe...

FLOR. (*A Dorotea.*) Todo lo sabe, Dorotea. ¡Soy dichosa!

DOR. ¡Generoso don Juan!

JUAN. ¡Cuán hermosa es, Dorotea!

DOR. ¡Silencio! Señor, ya oigo el conde.

FLOR. De hoy más, don Juan, nadie será poderoso á separarnos.

ESCENA VII

Dichos, FELIPE II

FEL. Perdonad, don Juan, si á fuer de exacto soy indiscreto.

JUAN. Caballero tan perfecto no puede serlo jamás: vos naciste, señor conde, para aumentar quilates al contento, dondequiera que se halle, y para atraerle donde no está. Venid á gozar del mío. Dadme licencia, hermosa doña Florinda, de que os presente al conde de Santa Fiore...

FEL. (*¡Vive Dios! es ella, ¡la misma!*)

FLOR. (*A Dorotea.*) ¿Le conociste?

DOR. (*A Florinda.*) Me pareció conocerle. El mancebo que os siguió...

JUAN. ¿Qué tenéis, señor conde? ¿Habríaisla visto ya por ventura...?

FEL. Parece haberla visto en Madrid... en el Prado; y tan rara hermosura por cierto no podía sino inspirarme el deseo de volverla á ver... además, don Juan, de cierta semejanza...

JUAN. ¿Con la persona de quien me hablasteis?

FEL. Sin duda.

JUAN. A ella le doy el parabién (*Bajo*) y á vos.

FLOR. Bien venido á mi casa, señor conde de Santa Fiore. En la suya está aquí caballero de tan altas prendas, y sobre todo quien tanto estima á don Juan.

FEL. Tened por cierto, señora, que me es en gran manera grato deber á vuestro amor por don Juan el recibimiento cortesano que me hacéis. (Muero de celos.)

JUAN. Querednos bien, señor conde; sed mi hermano y mi apoyoabriéndome una carrera en que pueda dejar airosa vuestra protección. El rey tiene falta de buenos capitanes, tanto más cuanto que él no lo es.

FEL. (*¡Insolente!*)

FLOR. (¡Delante de un amigo del rey! ¡qué indiscreción!)

FEL. (*A don Juan.*) Parece con todo que hizo sus pruebas en San Quintín.

FLOR. Y en una jornada victoriosa.

JUAN. Como mero espectador; y si se ha de dar crédito á cierta anécdota...

FLOR. Falsa sin duda, inútil de repetir.

FEL. ¿Cuál?

JUAN. Cuentan si al silbar de las balas le decía á su confesor, tan pálido como él: *Por Dios, que no entiendo qué gusto puede haber en asistir á esta música.*

FLOR. No es verosímil tal dicho en boca de un rey de Castilla.

FEL. ¿Y hubiéralo repetido el confesor?

JUAN. No se lo dijo bajo secreto de confesión; pero infero del aspecto grave de vuestra excelencia que no seríais hombre vos para preguntar á Su Majestad si fué cierta la aventura.

FEL. No; y presumo que no perdonaría al que le fuese con tan necia pregunta. (Insensato, ¡quiere perderse!)

FLOR. (*A don Juan.*) Confesaréis con todo que es activo, incansable, y político profundo...

JUAN. Todo se lo perdonara menos esa intolerancia religiosa que llena el reino de patíbulos.

FEL. ¿Consecuente siempre sin duda con vuestra vocación? Pues yo pienso, como él y como todos los curas del reino, que no hay pena bastante para la apostasía y el judaísmo; y espero que doña Florinda es harto buena castellana para...

FLOR. Mi disculpa estaría en que una doncella de mis años no ha de entrometerse, señor, en tan graves cuestiones; pero si osase decir mi sentir, diría que cuando los desdichados sufren, ora sean inocentes, ora culpables, el deber de los ministros del altar es bendecirlos y consolarlos, y el de las mujeres plañirlos.

FEL. (Un aviso del Santo Oficio pudiera serle útil á ella y á mis fines.)

JUAN. Os predije, señor conde, que habríais de rendir las armas ante tanta belleza y tan claro ingenio. Y para que podáis más libremente satisfaceros, os dejo en su casa. Me perdonaréis, hermosa doña Florinda, si los aprestos de nuestras bodas exigen mi presencia: debo pasar á ver á los escribanos, á la iglesia, á...

FLOR. Y á pagar en todas partes.

JUAN. Decís bien, Dorotea, que en país católico nacer, casarse y morir son tres cosas que no pueden hacerse gratis. (*A Felipe.*) La vuelta será pronto, señor conde: (*A doña Florinda*) os le dejo medio rendido: proseguid la victoria; arrancadle el consentimiento. Dorotea, tengo órdenes para vos también. (*Sale con ella.*)

ESCENA VIII

DOÑA FLORINDA, FELIPE II

FLOR. (¡Un señor español á solas con una judía! ¡Cuánta cólera, cuánto desprecio, si pudiese sospecharlo!)

FEL. Mucho deseaba hablaros sin testigos, señora.

FLOR. Tal vez para revelarme el secreto que don Juan arde por saber...

FEL. Pensamientos más tristes me ocupaban. Cuando os contemplo, doña Florinda, tengo lástima á don Juan, que ha de perderos...

FLOR. Conde, no os comprendo. Me espantáis.

FEL. A pesar mío os lo anuncio; pero esas bodas son imposibles.

FLOR. ¿Quién ha de oponerse? ¿Vos? ¡Oh! no, no seréis vos, en quien descansa su confianza ciegamente, vos, á quien no ha mucho llamaba él hermano.

FEL. No es mi gusto, señora, quien os separa, sino mi deber más bien, y la autoridad que de su padre recibí...

FLOR. De un padre que no existe, que os negáis á descubrir, y cuyos derechos, si viviese, mal pudieran encadenar el albedrío de don Juan.

FEL. Pues que no basta la autoridad paterna, haré valer, señora, otra más poderosa, más absoluta, y delante la cual todo hidalgo bien nacido debe bajar la cabeza y doblar la rodilla: la del rey.

FLOR. ¿Qué decís?

FEL. La verdad, señora; el rey es quien así lo quiere, el rey quien está á vuestro lado, el rey quien os habla.

FLOR. ¡Cielos! ¡El rey aquí! En casa de una... ¡En mi casa!

FEL. Tembláis, señora; tranquilizaos. Sí, el rey es, quien pesaroso de haberos de imponer un sacrificio necesario, pudiendo intimaros una orden, os expresa sólo una súplica.

FLOR. (*Doblando una rodilla.*) Señor, perdonad mi atrevimiento.

FEL. (*Levantándola.*) ¿Qué hacéis? no lo sufriré.

FLOR. ¡Oh! al menos escuchad mis ruegos: pudo don Juan ofenderos con una palabra indiscreta, más reparad que no pensaba lo que dijo: os respeta cuanto os honra, señor. ¡Oh! Gracia, señor, gracia para don Juan; sed clemente, señor, perdonadle.

FEL. Más haré, hermosa Florinda: olvidaré; pero con dos condiciones. Don Juan no ha de saber quién soy.

FLOR. Yo os lo prometo.

FEL. Y le diréis que de grado y buena voluntad renunciáis á esa boda.

FLOR. ¡Jamás!

FEL. ¿Dudáis?

FLOR. ¿Dudar? Jamás, señor, jamás. ¿Yo provocar su desesperación? ¿Yo engañarle? ¿Yo mentirle, señor? El rey no puede mandarme lo que Dios le prohíbe á él mismo.

FEL. ¿Le amáis, pues, con tan ciego amor?

FLOR. Con toda mi alma, señor; más que pudiera expresar, más de lo que yo misma imaginara antes de ser tan desdichada.

FEL. ¿Y me pedís su perdón?

FLOR. Vuestra clemencia os pido; vuestra justicia imploro. ¿En qué es, señor, culpable?

FEL. ¡Os ama, es de vos amado! ¡Ah! creedme, ha cometido un delito imperdonable. Un claustro no tiene severidad bastante para su castigo: su sangre toda vertida gota á gota no bastará para expiarle.

FLOR. ¡Su sangre! ¿Qué habéis dicho?

FEL. Ya me oísteis, señora: sabéis quién soy, y lo que puedo. ¿Dudáis aún?... Pero, ¿quién osa penetrar hasta aquí?

FLOR. ¿Olvida Vuestra Majestad que está en mi casa?

FEL. Decís bien; un rey se cree siempre en su palacio.

ESCENA IX

Dichos, DON RODRIGO

FEL. ¿Sois vos, don Rodrigo? Llegad; venís á tiempo.

ROD. (*Saludando á doña Florinda.*) Temí llegar tarde; pero al veros, señora, comprendo que si mi discípulo puede acusarme de perezoso, el señor conde debe esperarme sin impaciencia.

FEL. ¿Sabéis que soy llamado aquí para una boda?

ROD. Supe con gran contento que habíais prestado el consentimiento.

FEL. Os engañaron.

ROD. (¡Lo imaginé!)

FEL. Dos personas se oponen á este enlace; doña Florinda...

FLOR. ¡Piedad, señor!...

ROD. ¿Vuestra Majestad se ha dado á conocer?

FEL. Sólo de doña Florinda, que me guarda el secreto. Os lo repito; dos personas, doña Florinda y yo.

ROD. Con una bastara y sobrara para que la boda no se hiciera.

FEL. Don Juan va á volver: le diréis que doña Florinda rehusa acompañarle al altar, y que se resolvió á no volverle á ver.

FLOR. Ved, señor, que don Juan no lo ha de creer.

ROD. Me atrevo á afirmar también á Vuestra Majestad que temo que don Juan...

FEL. ¡No dé crédito á las palabras de su segundo padre, aquel modelo de crianza cristiana! Esas fueron al menos vuestras palabras.

ROD. Vuestra Majestad es harto bueno en acordármelas.

FEL. O faltasteis, don Rodrigo, á la confianza que se puso en vos, ó ejercéis sobre él una autoridad sin límites.

ROD. He procurado al menos...

FEL. ¿Oye vuestras órdenes con respeto filial?

ROD. Así debiera ser.

FEL. Si así no fuese, habríais cometido, don Rodrigo, una falta harto grande; y sabéis que mientras yo reine, ninguna falta ha de quedar impune; vedle pues, habladle, y que salga de aquí para no volver jamás. Esa es vuestra misión; cumplidla; de otra suerte ved de poner orden en vuestros negocios. Sólo puedo compadeceros.

ROD. (¡Dios me ampare!)

FEL. Dadme licencia, doña Florinda, que os ofrezca la mano hasta vuestro estrado.

FLOR. ¡Ah, señor! Vuestra Majestad se dejará conmover por mis lágrimas; Vuestra Majestad cederá por fin á mis ruegos.

ESCENA X

DON RODRIGO, después DON JUAN

ROD. ¡El rey se burla! ¡Cumplidla! ¡Cierto! ¡Y habéoslas á un tiempo con la impaciencia, la ira, el amor, la desesperación, con todos los sentimientos, todas las pasiones á la vez! ¡y desencadenadas en el pecho de don

JUAN! Mejor quisiera... ¿Pero no es él? Lo que me parte el corazón es la confianza, el contento con que se va á arrojar á mis brazos. ¡Ah! si supiera la nueva que le espera en ellos.

JUAN. (*Abre la puerta, y se para en ella.*) Aprieta, Dorotea, aprieta, tomad el manto; presto os seguimos.

ROD. ¿Qué dije?

JUAN. (*A don Rodrigo.*) Loada sea la exactitud: y bien, señor, ¿la visteis? ¿la hablasteis? Venid á bendecir nuestra unión: todo está pronto.

ROD. Mi querido don Juan, quisiera antes decir dos palabras.

JUAN. Hablad; os iré escuchando.

ROD. No; si no lo habéis á enojo, hagámonos á esta parte, y prestadme atención sin moveros.

JUAN. Si puedo; daos priesa.

ROD. Vuestros ímpetus, don Juan, me ponen un candado en los labios, y...

JUAN. Pardiez, don Rodrigo, hablad.

ROD. Enhorabuena, pues lo queréis; dadme vuestro brazo, en que me apoye hasta nuestra casa, y allí...

JUAN. ¡En nuestra casa! Cuando todo lo más que por vos puedo hacer es no moverme de este punto... Pero, don Rodrigo, ¿qué misterio?... ¿y doña Florinda?... ¡Al caso, por Dios, al caso!

ROD. Sea pues; doña Florinda os niega su mano y os prohíbe para siempre la entrada en su casa; he aquí el caso.

JUAN. ¿Qué decís? ¿Doña Florinda, á quien acabo de ver? os engañan: no es posible, lo repito, no es verdad.

ROD. Os lo afirmo.

JUAN. De su misma boca no lo creyera; y de ella propia quiero saber... ¿dónde está?

ROD. Teneos, don Juan; lo juro por mi honor, nada hay más cierto.

JUAN. ¡Por vuestro honor! Pero si tal cosa fuese posible, habría yo introducido aquí un traidor que hubiera hecho un uso bien vil de sus pretendidos derechos...

ROD. (*He aquí lo que temí.*)

JUAN. Un impostor que se habría burlado de su propia palabra, y de mi ciega confianza.

ROD. ¡Ah! no sospechéis...

JUAN. Y á quien habré de pedir cuentas de su conducta.

ROD. Guardaos de repetir las palabras que acabáis de proferir.

JUAN. Se las repetiré en su cara, aunque haya de habérmelas con el primer grande de la monarquía, con la mejor espada de Castilla; aunque hubiera de ponerle la mano encima en medio de la corte, en el alcázar de Toledo, tendré con él una explicación.

ROD. ¡Don Juan, perdéis el seso!

JUAN. Pero antes he de ver á doña Florinda.

ROD. ¡Oh! no iréis.

JUAN. ¿Y quién lo impedirá?

ROD. Don Juan, os perdéis.

JUAN. (*Furioso.*) ¡Cielos, está con ella!

ROD. ¡Don Juan, don Juan, hijo mío!

JUAN. ¿Con ella? ¡Maldición! Don Rodrigo, visteis á ser testigo de una boda, y lo seréis de un duelo. Hasta aquí habéis sido mi padre; pero siempre seréis hombre de honor. Aquí no conozco á nadie; vos seréis mi segundo...

ROD. ¡Yo! ¿y de un duelo contra él?

JUAN. Ved si podéis negaros; puesto que está aquí todavía, nadie podrá librarle de mi venganza.

ROD. ¡Hay más pesares! ¿Qué puedo hacer sino huir?... (*Don Rodrigo va á salir, don Juan se precipita; sale Felipe II.*)

ESCENA XI

Dichos, FELIPE II

FEL. Quedaos, don Rodrigo.

ROD. Quisiera estar á mil leguas de aquí.

JUAN. Iba en busca vuestra, señor conde.

FEL. Yo os salía al encuentro, señor don Juan.

JUAN. Tengo una pregunta que haceros y una satisfacción que pedir os.

FEL. Veré si debo responder á la primera, y si quiero dar la segunda.

JUAN. Me habéis empeñado vuestra palabra: ¿acaso no os acordaríais?...

FEL. He impuesto una condición. Tal vez habríais olvidado...

JUAN. La de aprobar mi elección.

FEL. ¿Y si no la aprobase?...

JUAN. Tenéis el derecho de negarme vuestro consentimiento.

FEL. Lo creo.

JUAN. Como yo el de casarme sin él.

FEL. Lo dudo.

JUAN. Grande y poderoso, tal cual sois, pronto lo sabréis de cierto. Yo también tengo una duda.

FEL. ¿Cuál?

JUAN. ¿Es cierto lo que me ha dicho don Rodrigo...?

FEL. ¿Qué os dijo Rodrigo?

ROD. Nada que no pueda repetir delante de vuecelencia.

JUAN. Doña Florinda me niega su mano y me cierra su puerta.

FEL. Tal es en efecto su resolución.

JUAN. Mas no así su voluntad.

FEL. ¿Qué os obliga á suponerlo?

JUAN. Su amor. Habéis recurrido á las amenazas para intimidarla.

FEL. ¿Y por qué no á la razón para convencerla?

JUAN. ¡Basta de rodeos! Es una felonía que sólo puede lavarse con sangre. La vuestra, ó la mía.

ROD. ¡Imprudente!

FEL. Extraño lenguaje en boca de un hombre de iglesia.

JUAN. Subterfugio digno de un cortesano.

FEL. Acaso no hayais meditado que hay alguna distancia entre nosotros.

JUAN. ¿Qué podéis alegar para probarla? ¿Vuestra edad? entrambos somos jóvenes. ¿Vuestra mayor destreza en las armas? la niego. ¿Vuestra nobleza? vos me sois garante de la mía; quien quiera que yo sea, presumo que mi padre no valía menos que el vuestro.

FEL. También es más cierto de lo que creéis.

JUAN. ¿En qué os fundarais pues para rehusar?

FEL. ¿Y quién os dice que no acepto?

ROD. (*Arrojándose entre los dos.*) Vuecelencia permitirá...

FEL. ¡Silencio!

ROD. ¿Osáis, don Juan...?

JUAN. Dejadnos... (*Al rey.*) En tal caso, dentro de algunos instantes detrás de las tapias de Santo Domingo.

FEL. Ved, señor don Juan, que es sitio consagrado.

JUAN. Eso más cerca estará el vencido de reposar en él: en cuanto me separe de doña Florinda, que ha de verme, mal que os pese, soy vuestro.

FEL. Una palabra, don Juan, una sola, que os ruego peséis bien. No os estorbo que entréis á ver á doña Florinda, que ha de repetiros cuanto acabáis de saber; mas si tenéis afición á la vida, renunciad de buen grado á esa entrevista: os lo aconsejo, porque si traspasáis el lintel de esa puerta no habrá perdón posible para vos.

ROD. Ceded, don Juan, que yo también os lo ruego.

JUAN. (*Al rey.*) Es compasión.

FEL. Mozo imprudente, bien la habéis menester; mercedla.

JUAN. Noble conde, voy á saber de doña Florinda si sois vos acreedor á la mía.

ESCENA XII

FELIPE II, DON RODRIGO

FEL. ¿Qué decís, don Rodrigo?

ROD. (*Todo trémulo.*) Señor...

FEL. ¿Ese es el cristiano perfecto, el tercer devoto de mis reinos?

ROD. Confieso que por lo que hace á la devoción...

FEL. Tímido como una joven doncella...

ROD. Convengo en que por lo que hace á la timidez...

FEL. ¿Qué podéis decir pues en disculpa de él y de vos? ¿Y yo no he de castigar su atrevimiento?

ROD. ¿Vuestra Majestad descendería hasta castigarle por su mano?

FEL. ¿Estáis loco?

ROD. Dignaos, señor, reparar que si hubiera sabido que hablaba con el rey...

FEL. ¿Si lo hubiera sabido viviría?

ROD. ¡Vuestro hermano!

FEL. ¡Mi hermano, ese vasallo rebelde, ese bastardo insolente! No lo es; no lo será jamás: él mismo acaba de cerrar la puerta á su perdón. Un medio solo os queda de lograr el vuestro.

ROD. (¿Qué exigirá de mí?)

FEL. Vos sois el único aquí que sabe este arcano: ni puedo, ni quiero valerme de otro que vos para sepultarlo en el olvido más profundo. (*Acercándose á una mesa.*) Vais á apoderaros de don Juan.

ROD. ¿Osaré hacer presente á Vuestra Majestad una sola observación? Paréceme, señor, que le ha de ser más fácil á él apoderarse de mí, que á mí apoderarme de él.

FEL. Mis gentes están prontas á prestaros auxilio, y deben de haber llegado ya.

ROD. (*Mientras que el rey se sienta á la mesa.*) ¿Qué querrá escribir?

FEL. (*Escribiendo.*) «Mi muy reverendo padre: Recibid en vuestra piadosa casa al mancebo que será presentado por don Rodrigo Quesada, y ved de que sometido á toda la autoridad de vuestra regla, quede encerra-

do en ella para toda su vida. Yo el rey.»

ROD. ¡Para toda su vida!

FEL. Conduciréis á don Juan al monasterio más inmediato y de la orden más austera: entregaréis al superior esas letras de mi mano, y volveréis á darme cuenta de lo que hubiereis hecho.

ROD. ¡Perdón, señor! ¡Perdón para un desdichado!

FEL. Si no obedecéis, los que han de acompañaros llevan orden de conducirlos á mi presencia, y ora tengáis por morada un ataúd ó las paredes de un calabozo, no han de volver vuestros ojos á ver la luz del sol.

ROD. Obedeceré.

FEL. (*Abriendo la puerta del fondo, y hablando á varios ministros.*) Entrad, y ejecutad cuanto en mi nombre os mande don Rodrigo. (*A don Rodrigo.*) Presteza y discreción, ó arreglad vuestras cuentas con Dios.

ROD. Está bien, os entendí.

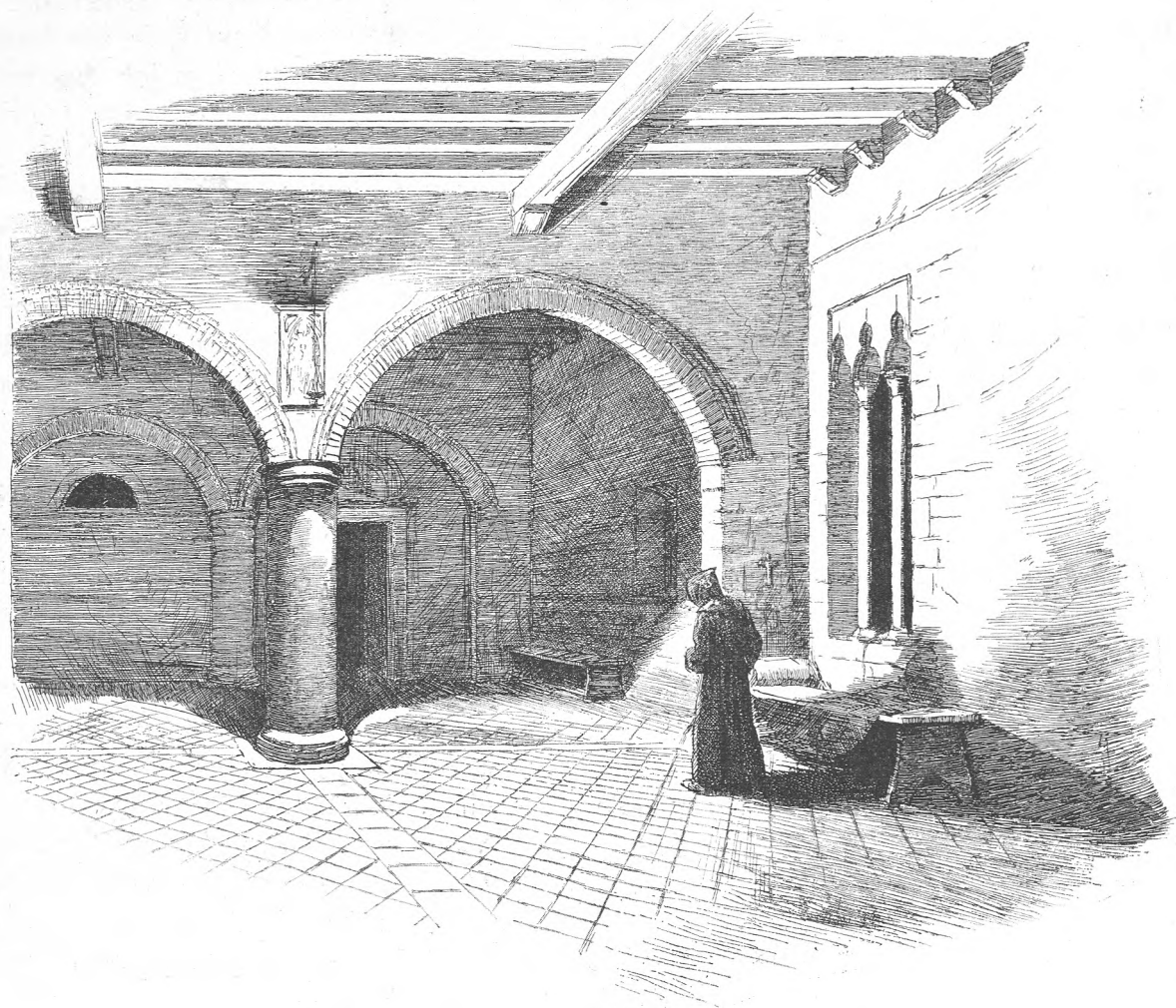
FEL. Mucho me importaba que me entendierais. Quedad con Dios, don Rodrigo.

ESCENA XIII

DON RODRIGO, junto á las candilejas; LOS MINISTROS, al fondo

ROD. ¡Para toda su vida! ¡En un convento para

toda su vida! ¡Mancebo desdichado! á pesar de todas sus locuras, de sus devaneos todos, nunca conocí mejor que en este punto cuán grande es el amor que le tengo. Es mi hijo también. ¡Y he de ser yo quien he de dar cumplimiento á ese decreto tirano...! (*Vuelve á leer la orden, y pásase con agitación.*) Pero esta orden no señala el monasterio. ¡Ah! me ocurre... Sí. Don Juan no tiene en el mundo más que un protector natural que pueda salvarle, y salvarnos á entrambos: fuera osadía sin embargo... El rey don Felipe... ¿y qué importa? ¿Tengo algo ya que aventurar? Una vez desasido de la cumbre, ¿puedo hacer otra cosa que rodar hasta el abismo? ¡Oh! Ya conozco esas posiciones críticas; el emperador mi amo gustaba de ellas, pero él siempre caía de pie, y yo con él. Plegue al cielo que hoy pueda hacer otro tanto. (*Con firmeza.*) Hay una especie de miedo que le da á uno ya valor de puro grande. Ya estoy bien decidido. (*Entrándose.*) Daos, don Juan, á mí. (*Vuelto desde la puerta á los ministros.*) ¡Entremos, señores, y favor al rey para prender á un hombre!!! (*Entranse.*)



ACTO TERCERO

Habitación de Carlos V en Yuste. Pieza de paso. Una ventana abierta. Debajo de la ventana una tarima, donde duerme el novicio. Es de noche aún.

ESCENA PRIMERA

PABLO, inclinado sobre la ventana.

¡Llega al suelo! ¡Bueno! ¡Arriba! Pille yo una noche oscura... y tú, escala mía, me sacarás del monasterio. Treinta escalones y en tierra: una vuelta de llave, ¡y ancha es Castilla!

CARL. (*Desde adentro.*) ¡Pablo!

PABLO. ¿Es su voz? ¡Sí! La escala debajo de la tarima, y el novicio encima. ¡Gritad ahora, enhorabuena!

CARL. ¡Pablo!

PABLO. ¡Estoy dormido!

ESCENA II

CARLOS V, de monje, con una lámpara en la mano;
PABLO, que finge dormir.

CARL. ¡Ah, bienaventurado! ¡En otro tiempo todo me era posible, menos dormir de esa suerte! (*Arrastrándose de mueble en mueble hasta una mesa donde coloca la lámpara.*)

¡Pobre mozo! Siempre á mi lado, y sin conocerme. Ningún religioso osaría contravenir á mi orden revelándole quién soy, ó quién fui más bien.

PABLO. (*Incorporándose.*) Habla solo, pero tan bajo...

CARL. Siempre padecer... ¡sin tener con quien dolerse! (*Levántase, y va á sacudir del brazo á Pablo.*) ¡Arriba, novicio, arriba! La pereza, hermano, es gran pecado.

PABLO. Sin duda (*Bostezando.*) el que inventó ese pecado debió de ser un santo varón á quien la gota desvelaba.

CARL. O que sabía el precio del tiempo. Pero vos, novicio, cuando no le perdéis del todo, empleáislo mal: siempre respondón, y curioso por demás.

PABLO. ¡Como si fuese yo el único en la casa!

CARL. ¿Qué queréis decir? ¿Eso va conmigo?

PABLO. Dios me libre, padre; no, sino con el padre prior, que me anda siempre sacando las palabras del cuerpo.

CARL. ¿Y qué os pregunta?

PABLO. (*El padre no es curioso.*) Cuanto hace vuestra reverencia, y lo que dice, y lo que escribe.